



GUSTAVO MACHADO: EL CABALLERO DE LA REVOLUCIÓN

Ediciones MINCI

GUSTAVO MACHADO: EL CABALLERO DE LA REVOLUCIÓN

Ediciones MINCI

ediciones
MINCI

GUSTAVO MACHADO: EL CABALLERO DE LA REVOLUCIÓN



Colección Claves

Ediciones **MinCI**

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información

Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular para
la Comunicación e Información. Parroquia Altigracia, Caracas-Venezuela.

Teléfonos (0212) 802.83.14 / 83.15

Rif: **G-20003090-9**

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Jorge Rodríguez

Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)

Estela Ríos

Viceministra de Planificación Comunicacional

Kelvin Malavé

Director de Publicaciones

Edición y corrección de textos/ **Daniela Marcano**

Diseño y diagramación/ **Luis Manuel Alfonso**

Créditos de la foto / **Archivo del CNH**

Depósito Legal: **DC2018001311**

ISBN: **978-980-227-409-3**

Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela

Julio, 2018

GUSTAVO MACHADO: EL CABALLERO DE LA REVOLUCIÓN

Ediciones MINCI



GUSTAVO MACHADO:

EL CABALLERO DE LA REVOLUCIÓN

NOTA BIOGRÁFICA

Gustavo Machado Morales abogado y dirigente político. Nació el 19 de julio de 1898 en la ciudad de Caracas. Inició sus estudios en el Colegio Católico Alemán Fröebel y en el Colegio Nacional de Varones, obteniendo su título de bachiller en 1916. Ese mismo año se inscribe en la Universidad Central de Venezuela para cursar la carrera de Derecho, sin embargo, al unirse al grupo antigomecista Los Espartacos, realizó conspiraciones y acciones políticas que lo condujeron al exilio, motivo por el cual tuvo que abandonar la universidad y viajar a Estados Unidos, donde cursó la carrera de Filosofía en la Universidad de Harvard y Cambridge, en esta última trabajó como transcriptor; finalmente pudo continuar la carrera de Derecho en La Sorbona de París, graduándose en 1924.

Su actividad política empezó a temprana edad, cuando comenzó a divulgar propaganda en contra de la dictadura de Juan Vicente Gómez, lo que ocasionó que en 1914, con apenas 16 años, fuera apresado en La Rotunda. Al volver a Venezuela luego

de culminar sus estudios en París, era miembro del Partido Comunista Francés. En 1927 funda el Partido Revolucionario Venezolano, que posteriormente se llamaría Partido Comunista de Venezuela. Pasó una temporada en Cuba donde ayudó a fundar la Liga Antimperialista de las Américas y el Partido Comunista Cubano, además ejerció la docencia en la Universidad Libre José Martí de La Habana. Mientras que en su paso por México en el año de 1926, ayudó a fundar el Partido Revolucionario Venezolano. En 1929, Gustavo Machado y un grupo de hombres, entre los que se encontraba Miguel Otero Silva y Rafael Simón Urbina, asaltaron el fuerte de Curacao adueñándose del buque Maracaibo con el cual llegaron hasta La Vela de Coro, en un intento de derrocar a Juan Vicente Gómez, pero la mayoría de sus compañeros fallecieron o fueron encarcelados; Gustavo Machado decide huir a Colombia. En ese país, junto con su primera esposa, creó una librería con material proveniente de la URSS en la ciudad de Bogotá.

En 1935 vuelve a ser apresado, esta vez al intentar volver a su patria en el buque General Salom, y lo trasladan a la prisión Castillo de San Carlos de la Barra en Maracaibo; su último arresto ocurrió en los años 60 en el Cuartel de San Carlos, de donde salió libre años más tarde. Fue miembro de la Asamblea Nacional Constituyente e integrante del secretariado del PCV, partido al cual se postuló como candidato presidencial. Fue diputado en el partido Unión para Avanzar (1958), y diputado

del Distrito Capital en 1970. En 1981 le otorgan el título Doctor *honoris causa* en la Universidad de los Andes de Mérida. Fue fundador del reconocido periódico *Tribuna Popular*, y ejerció el cargo de director hasta su fallecimiento, que ocurrió el 17 de julio de 1983.

Discurso pronunciado por Jesús Faría, Secretario General del Partido Comunista de Venezuela, con motivo del aniversario n.º 86 del nacimiento de Gustavo Machado

Queridos amigos y camaradas:

Tuve mis primeras noticias de Gustavo Machado inmediatamente después del victorioso asalto a Curazao y desembarco y combate en La Vela de Coro, ambos con un día de por medio, en junio de 1929. En esta última plaza militar, se decía, y era verdad, había caído muerto en combate el general gomecista Laclé. Los insurrectos encabezados por Gustavo fueron dispersados por la superioridad militar del enemigo.

Yo era obrero petrolero en Lagunillas, veinte años de edad y analfabeto como casi todos los de mi generación. La noticia de los asaltos a Curazao y La Vela nos llegó en forma de una recluta, no selectiva como en otros años, sino como una redada masiva. Además, se hablaba de prepararnos para entrar en combate contra los “traidores a la patria” que pretendían derrocar al “benemérito” fondeado en el gobierno desde hacía más de veinte años.

Nos retenían dentro de las alambradas de las compañías petroleras a la espera de suboficiales y armas para partir al frente de guerra. Sin embargo, el pánico en las filas civiles y militares del gomecismo cedió paso a una especie de jaquetonería cuando se conoció la escasa cuantía de hombres y armas de los insurrectos, ya dispersados después del combate en el puerto veleño. Este hecho, unido a la actitud de las petroleras, que reclamaban el personal ausente, pues aquella recluta se convirtió, en cierto sentido, en un paro general, porque los que no habían caído en la recluta andaban huyendo, produjeron la desmovilización. Así, centenares de trabajadores petroleros estuvimos a punto de ingresar en la guerra civil contra nuestros hermanos, que se habían unido a Gustavo Machado para tratar de liberarnos de la tiranía gomecista que nos oprimía. Aquella recluta de junio de 1929 fue mi primera incursión en la política, y estuvimos a punto de combatir con las armas en la mano al bravo compatriota que habría de proclamar en 1936: “Yo soy comunista”. Sabiendo que tal declaración estaba penada por la Constitución Nacional con veinte años de presidio por traidor a la patria.

Trece años después de aquel junio sangriento conocí a Gustavo Machado en Bucaramanga. Yo había ido a esta ciudad junto con Juan Fuenmayor a un Congreso de Trabajadores, y Gustavo Machado que vivía en Bogotá vino para hablar con nosotros. En Bucaramanga nos reunimos con Gilberto Vieira,

Lombardo Toledano y otros dirigentes políticos y sindicales de renombre. Yo los escuchaba fascinado y feliz. Gustavo me resultó una personalidad encantadora por su sencillez tan natural. Lo mismo que Fuenmayor, me trató con respeto, como si fuéramos iguales.

Ambos me ayudaron a comprender algo sobre la política colombiana, muy distinta por aquellos tiempos a cuánto yo había vivido en mi patria. Se habló mucho de la primera Conferencia Nacional del PCV, a la cual yo había asistido, no así Juan, muy clandestino; ni Gustavo, en el destierro. Al camarada Gustavo le interesaba de sobremanera saber cómo habían recibido los obreros la nueva propaganda comunista aprobada en la conferencia de agosto de 1937. Yo entendía ya muchas cosas, pero todavía me costaba explicarlas. Había aprendido a leer, pero la verdad sea dicha, leía muy poco, no tenía el hábito de leer todavía.

Fuenmayor, Secretario General del PCV, había conquistado una cierta legalidad después de la heroica resistencia de los soviéticos a los invasores hitlerianos. La persecución había aflojado un poco. De este tema hablaron Gustavo y Juan, de la evolución de la política medinista que había permitido la legalización de AD y de otros partidos regionales en los cuales militaban comunistas, sin abandonar a su propio partido ilegal. Gustavo, muy conocido en Colombia, me presentó a los

dirigentes del PCC, así como a los dirigentes sindicales más destacados de aquel país hermano.

Me trataba el camarada Gustavo como a un viejo amigo, confiado, cuidando de no sobresalir, ayudando de alguna manera a la formación política de un obrero todavía primitivo. Aquella conducta tan inteligente y discreta, me cautivó y no escapó a mi criterio, sirviéndome del ejemplo positivo, puesto que el camarada Gustavo procedía como a mí me hubiera gustado hacerlo, solo que para mí –y para mucha gente– será siempre muy difícil hacer las cosas como las hacía Gustavo: sin ostentación, sin poses magistrales. Por supuesto, a nivel de mi célula, qué duda cabe, yo intentaba hacer las cosas tal como lo había aprendido al observar con atención a un comunista tan destacado y rodeado de tan justo renombre y de tantas leyendas.

Aunque este primer encuentro mío con el camarada Gustavo fue muy fugaz –apenas una semana–, me fue de gran utilidad para mi trabajo futuro, sobre todo su discreción a la hora de hablar, su atención para oír lo que otros decían y su habilidad para evitar hablar de sí mismo. Esta, en general, fue mi primera impresión de Gustavo Machado, de quien había leído muy poco, pues de sus andanzas por Las Segovias, en Nicaragua, en Cuba ayudando a forjar el PCC allá por el año 1925, por Francia, Bélgica, España,

México y otros países, incluida Colombia, siempre en activa solidaridad con los pueblos oprimidos, de manera particular los de Venezuela y Nicaragua.

Yo había conocido a Mayobre y Tortosa, delegados de Venezuela al VII Congreso de la Internacional Comunista, a los camaradas Ernesto Silva Tellería y Salvador de la Plaza, en 1941 en México, a Miguel Otero Silva, a Jorge Saldivia Gil en Maracaibo y Kotepa Delegado en la Primera Conferencia, a Key Sánchez, Rodolfo Quintero, Ricardo Martínez, y otras personalidades que fueron; y otros que todavía son militantes del Partido Comunista. Me gustaba mucho oírlos hablar: persuasivos y agudos polemistas. Escucharlos con atención era como asistir a una verdadera cátedra de marxismo-leninismo. Era evidente su talento innato, pero además, pensaba yo, está el hecho de que son discípulos de Lenin. Algunos de estos, así como otros camaradas de la década de los 40 seguramente tuvieron divergencias políticas con Gustavo. Sin embargo, todos expresaban por el camarada Gustavo Machado una respetuosa admiración, un reconocimiento a los méritos de nuestro primer gran dirigente.

Sin duda, poder codearse con aquellos forjadores del partido de los comunistas, completar aquella lista con el nombre de Gustavo Machado era una dicha muy grande, un privilegio para un obrero petrolero, porque uno palpaba en el trato personal

que recibía, inclusive cuando se hacía alguna crítica, el deseo de ellos, el propósito de estimular a los nuevos en las filas del Partido Comunista. Con este camarada en la dirección del Partido o en la prisión, aprendí a no ser rencoroso, a tolerar la crítica con tranquilidad, a no guardar silencio ante lo que uno considera que no anda bien, a decir a tiempo lo que uno tenga que decir.

Para 1943 cuando, por fin, se le permite a Gustavo regresar a la Patria. Para entonces había vivido más de treinta años en el destierro, una personalidad que amó tan profundamente a su Caracas natal, su Ávila, a los callejones, haciendas y plazas de sus infantiles y juveniles correrías. Esto era así y puedo asegurar que durante los años que estuvo en la Cueva del Humo, lo único que llegó a lamentar fue que desde aquella tumba para hombres vivientes, no se podía mirar esa portentosa belleza natural que es el Ávila.

Por aquellos años –y durante muchos más– Gustavo era un hombre físicamente entero, deportivo y fuerte, muy admirado por las damas. Aquellos años hasta 1950, cuando de nuevo cayó preso y volvió a ser lanzado al exilio por otros ocho años, Gustavo disfrutó plenamente la dulzura del solar patrio, las conexiones con sus grandes amigos. Era algo así como un desquite bien merecido.

Como se recuerda, el liceísta Gustavo fue el orador de orden en La Victoria con motivo del primer centenario de la batalla comandada por José Félix Ribas al frente de las juventudes para detener la furia criminal de Boves. Esta oportunidad la aprovechó Gustavo para censurar duramente a la tiranía de Gómez, hecho éste que le costó –a los 16 años de edad– su primer encarcelamiento en La Rotunda, con grillos durante año y medio. Luego al destierro que sería largo y tormentoso. Como se deduce de este relato, Gustavo no había podido participar en la preparación clandestina de la primera conferencia ni en los plenos de dirigentes que precedieron este primer encuentro nacional de los comunistas. Sin embargo, recuerdo que los delegados a esta conferencia se referían al camarada Gustavo una y otra vez.

En la práctica, estaba con nosotros su imagen política combativa y risueña, tolerante y polémica. Quienes bien lo conocían –porque había muchos que todavía no– tenían para Gustavo referencias elogiosas y opiniones de reconocimiento a su vigoroso empuje de comunista verdadero, de formidable luchador antimperialista al lado de Mella, de Sandino, de Martínez Villena, de Lázaro Cárdenas y de tantos otros patriotas que dejaron honda huella a su paso por el mundo de los auténticos forjadores de la solidaridad con los oprimidos dondequiera que éstos sufren opresión.

Siempre con la vista puesta en el retorno a la patria, a combatir contra la tiranía, cuando a fines de los años veinte pero antes del 29, Gustavo había visitado la URSS, todavía un inmenso taller donde se reconstruía, por una parte, y por la otra se finalizaban los preparativos para arrancar con los planes quinquenales en la gran industria, y se ponía en marcha el viraje portentoso en el agro soviético. Gustavo no perdió tiempo, sino que de inmediato pidió un barco para invadir, y algunos “hierritos” para combatir por la libertad.

- ¿Dónde están la tripulación y los soldados? –le preguntaron.
- Esos los reclutamos por el Caribe tan pronto tengamos el barco –había respondido Gustavo– tomado de sorpresa.
- Vamos a estudiar su petición –les dijeron.

Sin embargo, Gustavo era todavía impaciente y al regresar de la URSS se puso a planificar lo de Curazao. Cuando en junio de 1929 llegó a Moscú la noticia del asalto a Curazao y la toma del barco Maracaibo, Kussinen, dirigente de la Internacional Comunista, comentó: “en ese barco debe ir el camarada Gustavo Machado...”.

El camarada Gustavo durante su larga vida participó en conflictos como el de Nicaragua y luego Curazao, empujado por su gran amor a la libertad y por su odio a los tiranos.

Era una personalidad de acción. Una noche en Caracas, iba al frente de una manifestación, le tiraron bombas lacrimógenas –creo que fue en 1961 o 1962–, pues Gustavo atrapó una bomba en el aire, como buen pelotero que fue en su juventud y con este trofeo en la mano entró a la Cámara de la cuál era miembro, sembrando el terror entre algunos diputados demasiado prudentes que rápidamente abandonaron sus curules.

De la toma de Curazao –audacia, sorpresa y valentía– se habló mucho entre los comunistas. Del asalto a La Vela, un poco menos, pues ya esto era algo así como guerra avisada. Aquí no funcionó la sorpresa, pues se esperaba por todos los recodos caribeños el buque Maracaibo. Inclusive, Gustavo mismo, llegó a admitir ciertas críticas a estas acciones. Yo no participé en estas discusiones. Lo que sí le pregunté al camarada Gustavo, en la tranquilidad del calabozo, fue el por qué no tomaron dinero de los bancos de Curazao, pues si el dinero es útil y necesario en tiempos de paz, más lo es en tiempos de guerra, aparte de que la toma de recursos por los bandos en guerra siempre se consideró “normal” en las guerras civiles en nuestro país. Creo, por último, que la toma de Curazao se explica y justifica como paso previo, obligado para poner pie en tierra firme venezolana, inclusive al costo de que el enemigo se pondría, como en efecto se puso, sobre aviso.

La situación interna en Venezuela la pudo palpar Gustavo luego de los combates desde el primer día. El atraso político de nuestro pueblo era tan grande que se tornó en enemigo de los patriotas. Sólo una parte pequeña estaba al corriente de los históricos cambios que se habían producido en el mundo, sobre todo en Rusia durante los últimos diez años después de la Primera Guerra Mundial. En mi caso, por ejemplo, oí hablar la primera vez del comunismo y de la existencia de la Unión Soviética, el día 24 de diciembre de 1935. Y aquel mismo día me reclutaron para militar en el Partido Comunista.

Muchos años después de Curazao y La Vela, llegaron a Cuba; Fidel, Raúl, el Che y los otros revolucionarios del 26 de julio en el Granma. Ya sabemos cómo se mantuvieron y triunfaron, a fuerza de coraje, pero ya Cuba era un país diferente a la Venezuela de 1929. Gustavo admiraba mucho a Fidel y al Che, a quienes había conocido en México. Durante todo el año 1958 Gustavo estuvo pendiente del desarrollo de la guerrilla revolucionaria de los patriotas cubanos y expresaba confianza en la victoria final de este movimiento en impetuoso ascenso. Cuando en enero de 1959 vino Fidel a Caracas, se reunió en privado con Gustavo. Más adelante la atención de nuestro héroe estuvo centrada en la lucha armada de los patriotas sandinistas. Y Gustavo establecía comparaciones entre los sandinistas de 1927 y los de ahora para llegar a la conclusión de que éstos terminarían por triunfar sobre sus

opresores, así como el “General de Hombres Libres” había echado del suelo nicaragüense a los invasores yanquis.

En Nicaragua había madurado la crisis y, sobre todo, muy cerca estaba Cuba socialista, cuyas victorias contra el imperialismo estimulaban a los compatriotas de Sandino en la lucha por la libertad. Así como a la muerte del tirano Gómez aparecieron comunistas militando en partidos progresistas, hasta la Conferencia Nacional, agosto de 1937, durante el gobierno de Medina Angarita –1941-1945– los comunistas organizaron partidos donde hacían trabajo legal, en defensa de los trabajadores y en activa lucha contra el fascismo. Estos partidos marchaban de la mano con el PCV, ilegal hasta octubre de 1945 cuando, reformada la Constitución Nacional, fue eliminada la prohibición del comunismo.

En la práctica, tanto en Venezuela como en otros países, las históricas victorias de los ejércitos soviéticos contra los invasores fascistas habían creado condiciones para la actividad semilegal de los partidos comunistas. Y los comunistas, solos o acompañados, habían fundado periódicos como *Aquí está*, *Últimas noticias*, *El morrocoy azul* y otros en el interior del país. Después vendría la Guerra Fría que se aprovechó para desalojarnos de importantes posiciones en los medios de comunicación social.

Cuando Gustavo, por fin, puede actuar legalmente en Venezuela, tiene lugar en el PCV, indeseables reacomodos y, de repente, nos encontramos en bandos enfrentados. En estas condiciones se produce el golpe de Estado de octubre de 1945 y con éste una masiva represión contra los comunistas. Sin embargo, una parte importante de AD, encabezada por Gallegos y Andrés Eloy logran sujetar a Betancourt y a sus militares. Y la legalidad del PCV es respetada. Al convocarse elecciones para la Constituyente, voto directo y secreto para todos por primera vez en lo que va de siglo xx, un grupo encabezado por Miguel Otero, Eduardo Gallegos, Manuel Taborda y otros no involucrados en la división, tendieron puentes y se logró forjar un comité organizador para la unidad de los comunistas y participar unidos en las elecciones de 1946. Aquella gestión fue el camino para llegar al Congreso de Unidad, primero en la historia del PCV, fines de 1946, ayudados, además, por los camaradas cubanos, colombianos y mexicanos.

En esta primera elección directa del siglo xx fueron electos dos comunistas a la Constituyente, Gustavo y Juan, quienes tuvieron una brillante actuación. En 1947 tuvo lugar la primera elección presidencial con el voto directo para todos. Gustavo fue nuestro candidato. Y aquella jornada política le permitió llegar hasta los más remotos pueblecitos y reunirse con los camaradas y amigos del interior, quienes lo recibían con cálida emoción y amistad.

Gustavo llegaba a todas partes con el programa del PCV inscrito en sus rojas banderas y explicaba la histórica significación de la victoria de la Unión Soviética sobre los invasores fascistas. Explicaba cómo era la vida en los países socialistas, con una sociedad bien organizada, culta, trabajadora y armada con un profundo patriotismo, tal como será algún día en Venezuela, después de la victoria definitiva de la clase obrera, de los campesinos e intelectuales sobre los explotadores. En esta segunda elección nacional en menos de dos años el PCV mejoró su presencia en el Parlamento al elegir un senador y tres diputados nacionales, aparte de varios legisladores regionales.

Ni de aquel primer Congreso, el de la unidad, ni del segundo celebrado a mediados de 1948, surgió de Presidente ni de Secretario General del PCV. La Secretaría General se instituyó de nuevo en los estatutos del partido en una Conferencia Nacional clandestina en 1951. Gustavo no tenía cargo alguno en el Comité Central hasta 1974 cuando se creó el de presidente del partido y se le nombró para éste. Estos hechos dan la medida en cuanto al carácter desprendido, de verdadero constructor de partido que animaba a Gustavo.

El camarada Gustavo Machado fue guerrillero, parlamentario ingenioso y siempre organizador. Tuvo otras actividades en su vida política de setenta años, pero el trabajo que lo apasionaba de verdad era el de periodista. Dondequiera

que anclaba empezaba a circular alguna publicación que difundía el marxismo-leninismo, fijando rumbos al pueblo trabajador tanto entre los venezolanos como fuera de nuestro país. En esta larga y fecunda actividad publicitaria, de permanente condena a todo lo podrido, dirigió el periódico *Tribuna popular órgano* del PCV, una publicación de modesto formato y circulación por aquellos tiempos, hecho por Gustavo y ayudado por dos o tres personas más, pues el PCV apenas si tenía para aquel entonces una media docena de funcionarios a tiempo completo.

¿Recursos monetarios? Los sueldos de los cuatro congresistas a razón de tres mil bolívares cada uno por mes. Este periódico fue el mejor logro del publicista Gustavo Machado, unas veces clandestino otras veces legal; unas veces como semanario y durante años como diario de gran circulación, siempre jugó un rol de certero orientador revolucionario, como lo demostró muchas veces, en particular en su edición del 24 de septiembre de 1948, cuando denunció el golpe frío hasta en sus detalles, así como a los golpistas encabezados por Marcos Pérez Jiménez. Y a los dos meses exactamente se produjo el derrocamiento del presidente Gallegos, un golpe frío, pues los preparativos del partido de gobierno no funcionaron. Preso de nuevo Gustavo en 1950, fue expulsado en 1951. Y de inmediato empezó en Ciudad de México la publicación de *Noticias de Venezuela*, quincenario cargado de

informaciones de las prisiones y de la resistencia interna, en cuyas páginas tomó forma práctica la idea de la unidad de las fuerzas democráticas para derrocar la tiranía de Pérez Jiménez. Este mismo rol lo jugaba *Tribuna popular* en el interior, en la más rigurosa clandestinidad, donde se reproducían materiales escritos por Gustavo desde el exterior.

Derrocado Pérez Jiménez en enero de 1958, Gustavo aparece al frente de *Tribuna popular*, denuncia valerosamente las tentativas revanchistas, así como los planes invasores del gobierno norteamericano para rescatar de la ira popular al vicepresidente Nixon, acorralado en la embajada de Estados Unidos en Caracas, mayo de 1958.

Aquella fue una segunda época de oro de *Tribuna popular*, pues tanto las brigadas del PC como las de la JC difundían hasta cien mil y más copias del tiraje, lo cual colmaba de felicidad al afortunado editor de los comunistas. Gustavo figuró como director de *Tribuna popular*, hasta el día de su muerte, hace justamente un año y cuatro días. Cuando recibía el periódico recién salido de las máquinas, calientico, como se suele decir en los talleres gráficos, lo doblaba casi con ternura y lo introducía en su portafolio, como deben recordarlo sus colegas que lo ayudaban en este frente: Héctor Mujica, Jesús Sanoja, Américo Díaz Núñez, Federico Álvarez y otros. *Tribuna popular* era la obra querida de este acerado

forjador del PCV, quien solía pasar por alto los defectos de impresión por falta de recursos técnicos, pero no perdonaba a los columnistas la falta de ingenio que nos desacreditan ante los lectores que esperan la verdad, pero dicha en forma breve y brillante, según decía.

Durante los últimos años de exilio en México, Gustavo realizó un activo y fecundo trabajo de solidaridad con los presos y perseguidos de Venezuela y de otros países. Con su bien ganada fama de internacionalista, penetraba en círculos influyentes de la capital mexicana: Cárdenas, Lombardo, Si-queiros y otros políticos amigos, y conseguía con ellos que no se apagara la llama solidaria con los patriotas encarcelados y perseguidos, poniendo siempre el acento principal sobre aquellos patriotas más amenazados en cada país. En los calabozos para castigados de la fortaleza San Carlos, llamados Cueva del Humo, fue cuando conviví con Gustavo y lo conocí mejor. Preso valeroso, alegre, optimista como ninguno, por encima de cuantos conocí, que no son pocos. Siempre jovial en el trato con los otros presos, atento a la salud de los compañeros. Generoso. Sus encomiendas eran para todos. Cinco años estuvo Gustavo en esta prisión. Y nunca se le oyó un reclamo ni una queja ni un reproche a los hermanos de la calle. Cuando hubo que ir a la huelga de hambre, lo hizo con naturalidad como un hecho normal, impávido. Y, a diferencia de mí, resistía muy bien el ayuno.

Estos calabozos para castigados son en todas las prisiones para aquellos penados de mayor peligrosidad; pero el gobierno Betancourt-Copei los utilizó para vengarse de la firmeza demostrada por Gustavo desde las barricadas de la oposición. Esta vejación innecesaria mostró a lo largo de la prisión la erguida dignidad de aquel hombre superior que era Gustavo y que en la vida, en la calle no se podía ni sospechar. Una vez estuvo terriblemente enfermo con un dolor en el hombro derecho, pero aguantó sin una palabra, pues quienes estábamos en aquel calabozo, al parecer, no teníamos derecho a la asistencia médica.

La conocida y extrema honestidad de Gustavo en cuestiones de dinero, demostrada a lo largo de toda su vida, inclusive en Curazao donde se negó a tomar el dinero indispensable para alimentar a sus soldados. Otra leyenda era aquella según la cual el dirigente comunista era multimillonario. Nada más falso. Gustavo seguramente en su remota juventud tuvo dinero, pero aquella herencia desapareció muy pronto, en parte consumida por planes revolucionarios que, a lo largo de la historia, siempre necesitan algunos recursos para movilizarse y alimentarse. Pero el Gustavo funcionario político a tiempo completo, fue austero, un hombre que sabía llevar su pobreza en silencio. Me consta que entre los miembros del BP/CC, Gustavo era el que siempre carecía hasta de un fuerte. Y sufría cuando algunas personas le pedían ayuda y se veía

en la necesidad de confesarles que no tenía dinero. Y, por supuesto, en muchos casos creían que no decía la verdad. Ahora los funcionarios del PCV reciben un salario, pequeño, es cierto, pero algo se recibe. En cambio, Gustavo durante decenios fue un funcionario sin salario ni ración.

¿Cómo podía vivir? Sus parientes y amigos lo ayudaban con ropa y algo para el techo y el pan. El automóvil le fue asignado a Gustavo muy tarde. Esta vida sin sombra ni quejas fue la misma de otros comunistas de la vieja guardia: Salvador de la Plaza, Manuel Taborda, Ernesto Silva Tellería, Jorge Saldivia Gil, Key Sánchez y otros. Y, por supuesto en las nuevas generaciones no pocos camaradas han seguido aquella conducta ejemplar de quienes sirvieron al partido con total entrega, dándolo todo sin esperar recompensa. Gustavo participó en los seis congresos del PCV y en ninguno de éstos reclamó lo que parecía natural: la S/G, del partido. ¡Jamás!

En 1969 hizo verdaderos esfuerzos para que los radicales de Márquez y Petkoff no abandonaran banderas y juramentos. Todo en vano. El pánico se había apoderado de aquella gente todavía joven y de temible retórica.

En 1974 apareció otro brote fraccional que, según decían, venía por el resto, es decir, a terminar la faena que los masistas habían sido incapaces de finalizar: la destrucción del partido.

En ambos casos Gustavo sufrió en silencio, porque personas de su noble afecto le habían dado la espalda a la causa de los obreros y de los patriotas más esclarecidos, que habían dado la vida en los calabozos de tortura de los gobiernos represivos de Pérez Jiménez, Betancourt y Leoni. Sin embargo, Gustavo se repuso rápidamente, mostrando la garra de gran jefe y dirigente político. Así era Gustavo de generoso y puro, altivo y con una seguridad absoluta, sin sombra de dudas en la justeza de su causa.

Resulta interesante saber que la victoria de los sandinistas llegó el 19 de julio, día del nacimiento de Gustavo, lo cual nos permite asociar ambos acontecimientos hoy cuando el imperialismo yanqui mantiene un criminal acoso, una guerra no declarada contra los patriotas de Nicaragua, pues Gustavo vivió pendiente de los acontecimientos en este país agredido una y otra vez por Estados Unidos.

El escritor y poeta laureado Miguel Otero Silva, amigo y compañero de armas de Gustavo, cuando recibió el Premio Lenin de la Paz, destinó el dinero que acompañaba a este honor para la construcción de un monumento a Sandino en Caracas. Y se fijó el día 19 de julio de 1983 para la inauguración. Deberían hablar en el acto varias personalidades, incluido el camarada Gustavo, quien escribió su discurso, pero la muerte sorprendió a nuestro presidente el día 17 de julio.

Los organizadores del acto pidieron al CC del PCV que otra persona pudiera leer el discurso de Gustavo, lo cual fue aceptado por nosotros. Aquellas cuartillas de profundo contenido solidario y antimperialista eran la despedida póstuma del venezolano que estuvo más cerca de Sandino, lo cual encierra a la postre un contenido de fraterna unidad de pueblos americanos que combaten por la misma causa de la libertad y la independencia nacional.

La muerte de Gustavo, qué duda cabe, nos afectó mucho no sólo a los comunistas, y en la práctica obligó a quienes lo habían calumniado y atropellado a recoger los agravios y vejaciones que habían lanzado contra uno de los grandes patriotas que ha dado Venezuela, que supo llevar con dignidad la bandera de su causa revolucionaria durante setenta años de combates sin tregua. Este dato es importante destacarlo, porque nuestra historia muestra casos de muchos revolucionarios que combatieron durante un tiempo y luego se quedaron al margen del camino o, lo que es peor, se pasaron al enemigo que los atropelló en otros tiempos.

Estimados amigos y camaradas: Mi discurso se puede criticar por varios defectos, se puede decir que no es una biografía de Gustavo, sino un relato histórico de la formación del PCV, pero esto último no es casual, sino inevitable, porque Gustavo y el partido comunista son dos vidas fundidas a un

tiempo mismo, en un mismo crisol ardiente y hermético, forman un todo indivisible. Gustavo es el prototipo de comunista ejemplar, valeroso, reestado con el futuro de la humanidad y de la revolución proletaria, verdadero marxista-leninista que sabía conducir con maestría las relaciones entre partidos hermanos sobre bases principistas y que forjó en nuestras filas la auténtica democracia que permite la libre discusión para enriquecer una línea política certera, diáfana y recta, sin oportunismos ni dogmatismos, como tiene que ser para iluminar a los proletarios y demás patriotas la senda que conducirá a la victoria a quienes luchan por la libertad, por la paz entre los pueblos y por el progreso social.

¡Así era Gustavo! Y así queremos que sea nuestro partido comunista y nuestra juventud comunista, fieles seguidores del inolvidable patriota que fue Gustavo Machado.

Caracas, 22 de julio de 1984.

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO VENEZOLANO (ANEXO)

José Carlos Mariátegui

Aunque el cable se resienta respecto de la vida venezolana de una especial sordera, ninguna duda es ya posible sobre la acentuación de la lucha revolucionaria en Venezuela. La insurrección prende en diversos puntos de Venezuela, con audacia y energía cada vez mayores. La organización militar y policial —obra a la que consagró el cacique de Maracay sus más entrenadas energías— funciona aún en la Patria de Bolívar con suficiente precisión para sofocar las tentativas aisladas. Pero extinguida en un punto, la insurrección reaparece, al poco tiempo, en otro, con renovado brío.

Desde hace algún tiempo, la descomposición del régimen de Gómez es evidente. Dentro de la propia facción gubernamental, se acusaron acres discrepancias entre los que pensaban que no había nada que cambiar en el sistema de gobierno y entre los que sentían la necesidad de acomodar la política del régimen a una táctica menos quietista y asiática. Después de algunos meses de incertidumbre, se anunció el propósito de Gómez de retirarse de la presidencia. Se sabía desde luego, lo que un voluntario abandono de la presidencia por parte

del hombre de Maracay podía significar. Gómez en su castillo, con títulos y funciones de jefe del ejército, no dejaría de ser nunca el cacique omnipotente de su país.

El título de Presidente de la República no agrega nada a su poder efectivo. Cumplido el período presidencial de Gómez, se produjo un cambio en el reparto de los papeles. El “benemérito general” no quiso conservar sino el mando del ejército. Pero, cauto siempre, exigió que se reformara la constitución de suerte que el Presidente de la República no estorbase al jefe del ejército, ni aun formalmente.

Mas no es esto lo verdaderamente nuevo ni importante en la situación actual, sino la presencia en la escena del Partido Revolucionario Venezolano. Los exilados del proletariado y de la inteligencia, han creado en el extranjero, a través de un largo proceso de concentración, este organismo de lucha política que dirige y coordina las reivindicaciones de las masas. Contra el régimen de Gómez, no está ya en armas un caudillo de aleatorio éxito, sino un partido, organizado en el extranjero, con buen aprendizaje de los métodos de lucha antifascistas. El Secretario General del Partido Revolucionario, licenciado Gustavo Machado, ha sido uno de los jefes de la expedición que desembarcó en Coro, después de apoderarse atrevidamente de las armas existentes en Curazao. Y bien, Machado tiene una importante foja de servicios como

dirigente del movimiento antiimperialista centroamericano y mexicano. Ha representado en México a Sandino, en el período más bizarro y resonante de la empresa del guerrillero nicaragüense.

El golpe de mano de Curazao revela el arrojo de los revolucionarios al mismo tiempo que la cuidadosa preparación de su plan. La principal dificultad para una insurrección de masas en Venezuela es la falta de armas. Los revolucionarios no pueden procurárselas sino asaltando los depósitos de las guarniciones militares. Tienen además que combinar la toma de las armas con la irrupción de los grupos que aguardan desarmados cerca de las fronteras la hora de entrar en combate. El 10 de junio último, el grupo que en Curazao obedecía al General Urbina y al licenciado Machado, aprehendieron a las autoridades de la isla y se adueñaron de las armas guardadas en su fortaleza. En seguida, capturaron el vapor mercante Maracaibo de la línea D. Roja y en él se trasladaron a la Costa de Coro, con todas las armas y provisiones de que habían podido abastecerse. Desembarcados en Coro, dominaron fácilmente a la guarnición, tomando a su jefe el General Laclé, que fue luego ejecutado.

Cuando se realizó el golpe de Curazao tres levantamientos se habían producido casi simultáneamente en Venezuela: uno en el centro, encabezado por el General

Borges; otro en el oriente, dirigido por el General Ferrer y por un coronel del ejército de Sandino, Carlos Aponte; y el tercero en occidente, acaudillado por el General Gabaldón. Únicamente respecto a este último nos han faltado noticias cablegráficas.

La toma de Cumaná, aunque se ha resuelto en un desastre para los revolucionarios, según los telegramas de Caracas publicados el martes por los diarios, es signo de que el movimiento continúa tenaz, empleando la estrategia de presentar combate a las fuerzas de Gómez en distintos frentes.

BIBLIOGRAFÍA

América Bolivariana. (31 de marzo de 2013). *Gustavo Machado (Venezuela)*. Recuperado de <http://www.americabolivariana.org/2013/03/31/gustavo-machado/>

Mariátegui, J.C. (30 de agosto de 1929). El movimiento revolucionario venezolano. *Mundial*.

GUSTAVO MACHADO: EL CABALLERO DE LA REVOLUCIÓN

Este discurso de Jesús Faría es una semblanza de los actos heroicos de Gustavo Machado en contra de la dictadura. Él luchaba por ver a su patria convertida en un país socialista, con una sociedad organizada, culta, trabajadora y armada con un profundo patriotismo. Sus ideales socialistas y revolucionarios lo llevaron a ser el prototipo del comunista ejemplar, que busca la libertad y paz entre los pueblos, así como el progreso social. Citando a Farías: “Así era Gustavo de generoso y puro, altivo y con una seguridad absoluta, sin sombra de dudas en la justeza de su causa”.

